

EL RECOBRO DEL SACERDOCIO CON MIRAS AL EDIFICIO DE DIOS

(Sábado: primera sesión de la mañana)

Mensaje cuatro

Hacer arder las lámparas y quemar el incienso

Lectura bíblica: Éx. 27:20-21; 30:7-8, 34-38; Sal. 141:2; Ap. 5:8; 8:3-4

I. Hacer arder las lámparas en el santuario de Dios es un servicio sacerdotal, un servicio de los sacerdotes—Éx. 27:20-21:

- A. Según la tipología, hacer arder las lámparas en el santuario de Dios representa la manera apropiada en la que debemos reunirnos como cristianos:
 - 1. El tabernáculo, la Tienda de Reunión, era el lugar donde Dios se reunía con Su pueblo para hablarle (Lv. 1:1), y como tal, tipifica las reuniones de la iglesia.
 - 2. Según la tipología, la iluminación provista por las lámparas indica la manera apropiada de reunirnos como iglesia; la manera apropiada de reunirnos consiste en hacer arder las lámparas, es decir, emitir luz—Lc. 11:33.
 - 3. Todo cuanto practiquemos en las reuniones —orar, cantar, alabar y profetizar— deberá hacer que la luz santa ascienda.
- B. Se necesitan personas santas que enciendan las lámparas santas en el Lugar Santo—Éx. 27:20-21; 30:7-8:
 - 1. Un sacerdote es una persona que está absolutamente dedicada a Dios, que está completamente poseída por Dios y que vive y tiene su ser enteramente para Dios; en cada sentido y de cada manera, su único interés es Dios—1 P. 2:5, 9; Ap. 1:6; 5:9-10.
 - 2. Aquel que enciende las lámparas es una persona que está poseída por Dios, que está saturada con Dios y que vive absolutamente dedicada a Dios—Éx. 27:21:
 - a. Todo lo que tal persona diga y haga en el Lugar Santo equivale a encender las lámparas; todas sus acciones equivalen a encender las lámparas.
 - b. Cuando los sacerdotes santos hablan en las reuniones de la iglesia, la luz asciende y el santuario se llena de luz—1 Co. 14:19; Mt. 5:15-16; Mr. 4:21.
- C. La luz que alumbró el Lugar Santo no es una luz natural ni una luz artificial, sino que es una luz divina, una luz santa, la luz verdadera, la cual es Dios mismo—Jn. 1:9; 1 Jn. 1:5; Ap. 21:23-24a:
 - 1. Los cristianos actuales están divididos por muchas clases de luz natural y artificial—Is. 50:10-11; 2 Co. 11:14.
 - 2. Por causa de la edificación del Cuerpo de Cristo, debemos vivir y andar bajo la luz única y genuina, la luz de nuestro Dios redentor y resplandeciente—Ap. 21:23; 1 Jn. 1:5, 7; Ef. 5:8-9.
 - 3. El propósito de agrupar a los creyentes consiste en obtener el santuario de Dios con que los sacerdotes calificados hagan arder las lámparas de modo que podamos ver los distintos aspectos de Cristo, representados por el mobiliario del Lugar Santo, y también podamos ver el camino que conduce

al Lugar Santísimo, a las profundidades de Cristo dentro de Dios—Éx. 25:23, 31; 30:1.

4. Ciertos elementos tienen que estar presentes siempre que experimentamos la iluminación genuina de las lámparas en las reuniones de la iglesia: la corporificación del Dios Triuno (el candelero), la naturaleza divina (el oro), la humanidad elevada de Cristo (el pábilo) y el Espíritu de Cristo (el aceite)—Col. 2:9; 2 P. 1:4; Ro. 1:3-4; 8:9.
5. Reunirnos para encender las lámparas incluye cada aspecto de nuestra experiencia espiritual en la vida cristiana.

II. La comisión principal del sacerdocio consiste en quemar el incienso—Éx. 30:7-8:

- A. Hacer arder las lámparas está relacionado con quemar el incienso—vs. 7-8:
 1. Siempre que los sacerdotes quemaban el incienso, hacían arder las lámparas, y siempre que hacían arder las lámparas, quemaban el incienso.
 2. Siempre que leamos la Palabra (hacer arder las lámparas), debemos orar; hacer arder las lámparas equivale a leer la Palabra, y quemar el incienso equivale a orar.
 3. La oración apropiada es la oración que proviene de la luz que recibimos al leer la Palabra; la luz proveniente de la Palabra nos iluminará a fin de que tengamos las palabras correctas para orar.
- B. El quemar del incienso es el asunto central de todo lo que hay en el tabernáculo, la morada de Dios.
- C. Quemar el incienso tipifica orar—Sal. 141:2; Lc. 1:10-11; Ap. 5:8; 8:3-4:
 1. Quemar el incienso significa que oramos en el Cristo resucitado y ascendido y con Él.
 2. Esta clase de oración, que en realidad es Cristo, equivale a que ascendamos a Dios por medio de Cristo y con Cristo; tal oración es una dulce fragancia para Dios.
 3. El humo del incienso indica que el incienso es quemado y asciende a Dios con las oraciones de los santos; esto implica que las oraciones de los santos llegan a ser eficaces y son aceptables a Dios—v. 3.
 4. La oración ofrecida en Cristo y con Cristo como incienso gobierna la impartición de la gracia de parte de Dios y motiva la ejecución de la administración divina.
- D. El aceite de la santa unción representa a Cristo como Espíritu todo-inclusivo que viene a nosotros de parte de Dios, mientras que el incienso representa a Cristo como nuestra oración que va a Dios de parte de nosotros—Éx. 30:23-25, 34-38:
 1. Para que haya tráfico en dos direcciones entre el Dios Triuno y nosotros, necesitamos tanto la unción del unguento santo como el quemar del incienso:
 - a. La unción trae a Dios —en Cristo y por Cristo— a nosotros para hacernos partícipes del elemento divino; y el incienso es nuestra ida a Dios en oración —con Cristo y como Cristo— para el disfrute de Dios.
 - b. Esta clase de oración satisface a Dios con su dulce fragancia y, a la vez, lleva a cabo la economía de Dios, Su administración.

2. Dios nos santifica con el unguento santo a fin de que podamos disfrutar al Espíritu compuesto, y podamos satisfacer a Dios con nuestra oración, el incienso santo, y llevamos a cabo la administración de Dios.
- E. Los sacerdotes son un pueblo de incienso; su obra consiste principalmente en quemar el incienso:
1. Un sacerdote es una persona que quema el incienso internamente para contactar al Señor—vs. 7-8.
 2. Debemos aprender a quemar el incienso de una manera fina para ofrecer un olor grato a Dios.
 3. Cuando oramos a manera de expresar a Cristo, no sólo somos nosotros quienes oramos, sino que Cristo también está orando en nuestro interior; nosotros y Cristo llegamos a ser uno al orar, y nuestra oración a Dios es incienso dulce que asciende a Él—Sal. 141:2:
 - a. “Incienso eres para Dios, / Y la completa aceptación; / Orar yo quiero más y más / Para ofrecer un grato olor”—*Himnos*, #345.
 - b. “Incienso hay que quemar / Orando en el Señor; / La lámpara hay que encender / Y darle a Dios loor”—*Hymns*, #791.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LOS TRES PASOS SACERDOTALES DE LA ORACIÓN

Hoy en día si deseamos ser los verdaderos sacerdotes, tenemos que quemar el incienso. Esto significa que tenemos que orar. Pero orar no significa que vamos a Dios y le pedimos que haga algo por nosotros. Orar significa mucho más que eso. Significa primeramente que aplicamos a Cristo como nuestras ofrendas. Cuando oramos a Dios, tenemos que aplicar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, como nuestra ofrenda por las transgresiones, y como muchas otras ofrendas. Luego tenemos que comer de Cristo para disfrutarle y absorberle. Es por medio de este Cristo con Su sangre redentora que podemos entrar en la presencia de Dios. Entonces expresaremos algo desde nuestro interior, y no desde nuestra mente o mentalidad, sino algo de Cristo desde lo profundo de nuestro espíritu. Esto es orar, y ésta es la manera de orar.

Orar significa aplicar a Cristo como todas las ofrendas, o sea, disfrutar a Cristo como nuestro nutrimento, y luego expresar algo de Cristo desde lo profundo de nuestro interior. Esta expresión de Cristo es el dulce incienso que asciende a Dios. Ésta nos introduce en Dios e introduce a Dios en nosotros. Como resultado, no solamente seremos mezclados con Cristo, sino también mezclados con Dios.

Todos los cristianos saben que deben orar. No obstante, aunque siempre dicen que deben orar, lamentablemente muy pocos cristianos conocen el significado apropiado de la oración. La manera apropiada de orar es aplicar a Cristo como todas las ofrendas, comer e ingerir a Cristo como nuestro nutrimento completo y luego expresar algo de Cristo desde lo profundo de nuestro interior. Estas tres cosas son las tres etapas de la verdadera oración.

Supongamos que nos levantamos en la mañana para orar. Primeramente, tenemos que aplicar a Cristo como todas las ofrendas. Cuando empezamos a orar, quizás tengamos una convicción profunda de que somos pecaminosos. Inmediatamente tenemos que aplicar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones, o como nuestra ofrenda por el pecado. Tenemos que orar así: “Oh Padre, soy tan pecaminoso, pero cuánto te agradezco que Cristo hoy es mi ofrenda por el pecado y que en este momento Cristo es mi ofrenda por las transgresiones.

Simplemente vengo a Ti con Cristo como mi ofrenda por el pecado y mi ofrenda por las transgresiones”. Si no oramos de esta manera, nunca podremos entrar en el Lugar Santísimo. Por eso es que muchos cristianos oran fuera del espíritu. Ellos nunca pueden entrar en el espíritu, el cual es el Lugar Santísimo, porque no aplican a Cristo como todas las diferentes ofrendas.

Al contactar a Dios, tenemos que aprender a aplicar a Cristo como las distintas ofrendas. Esto incluye nuestra confesión a Dios. Tenemos que confesar que estamos escasos en este asunto y en aquel asunto, que estamos errados en esto y aquello. También debemos confesar todas nuestras debilidades. Cuando confesamos todas estas cosas, aplicamos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y ofrenda por las transgresiones, la ofrenda de paz, la ofrenda de harina y el holocausto.

Segundo, debemos disfrutar a Cristo en la presencia de Dios. A veces podemos disfrutar a Cristo leyendo Su Palabra. Ingerimos a Cristo a través de la Palabra al orar, al orar-leer la Palabra y le disfrutamos delante de Dios.

Tercero, desde nuestro interior expresamos y declaramos algo de Cristo. Cuando oramos de esta manera, no somos los únicos que oramos, sino que Cristo ora en nosotros. Nosotros y Cristo, Cristo y nosotros, llegamos a ser uno al orar. Entonces nuestra oración a Dios es el incienso dulce que asciende a Él. Cuanto más oramos al ofrecer el incienso que asciende de esta manera, más descende la gloria de Dios. El incienso asciende, y la gloria descende. Ésta es la verdadera comunicación, la verdadera mutua participación y la verdadera comunión. La oración como incienso asciende a Dios, y la gloria, la luz de Dios, descende sobre nosotros para iluminarnos. Finalmente, seremos llenos de Cristo y saturados de la gloria *shekiná* de Dios.

Orar debidamente no consiste en sólo pedirle a Dios que haga esto o aquello por nosotros. Tenemos que acudir al Señor aplicando a Cristo como nuestras distintas ofrendas, disfrutando a Cristo como nuestro nutrimento completo, y luego expresando algo de Cristo desde nuestro interior como un aroma grato que asciende a Dios. Solamente esta clase de oración nos traerá la gloria *shekiná* de Dios. Entonces disfrutaremos a Cristo en la presencia de Dios.

Esta clase de oración necesita tiempo. Tenemos que pasar tiempo en la presencia del Señor para ofrecer las ofrendas y quemar el incienso. Realmente toma tiempo quemar incienso, pero mi sentir profundo es que los cristianos hoy en día no necesitan nada más. Lo que necesitamos es el sacerdocio con la función sacerdotal, o sea, quemar el incienso a través de todas las ofrendas. Si todos los hermanos y hermanas, al leer [... esto] practicasen a diario este oficio sacerdotal, toda la situación en la iglesia cambiaría. Tenemos que convertir nuestro tiempo de discusión por uno en el que quemamos incienso. No basta meramente decir que tenemos que orar. No es solamente orar, sino quemar el incienso. Tenemos que aprender a aplicar a Cristo, disfrutar a Cristo y expresar a Cristo. Ésta es la oración apropiada del sacerdocio. (*El sacerdocio*, págs. 148-150)

EL ARTÍCULO CENTRAL DEL TABERNÁCULO

En el último capítulo, vimos que la comisión principal del sacerdocio es quemar el incienso. Necesitamos estar impresionados que quemar el incienso es el asunto central de todo lo que hay en el tabernáculo, la morada de Dios. Sabemos que está el atrio y, luego, el tabernáculo con el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. En el Lugar Santísimo está el Arca que es un tipo de Cristo, y es en el Arca donde Dios se reúne con Su pueblo. Éste es el lugar donde el hombre puede reunirse con Dios. Después tenemos la lámpara, la mesa del pan de la Presencia y

también está el altar del incienso de oro para que los sacerdotes quemem el incienso. Éstas son las cosas dentro del tabernáculo. Por fuera del tabernáculo hay otras dos cosas en el atrio: el lavacro para purificación y el altar del holocausto para ofrecer sacrificios.

Si vemos un diagrama del tabernáculo que muestre todas estas cosas, veremos que el altar del incienso es el centro mismo de todo el tabernáculo. Éste es el centro mismo del edificio de Dios, la morada de Dios. El altar del incienso tiene como fin que el hombre se reúna con Dios en el Arca.

Por esto podemos darnos cuenta de que todas las cosas del tabernáculo giran en torno al altar del incienso. El altar de las ofrendas, el lavacro, la mesa de los panes de la Presencia y el candelero, todos tienen como fin el altar del incienso, y el altar del incienso tiene como fin que el hombre se relacione con Dios en el Arca.

Todo esto es una prefigura, una sombra, de la iglesia. El tabernáculo es un tipo de la iglesia como habitación de Dios entre los hombres. Hoy en día la iglesia es el verdadero tabernáculo de Dios. En la iglesia está la realidad de Cristo como Arca en la cual, sobre la cual y por la cual Dios puede reunirse con el hombre, y el hombre puede reunirse con Dios. En la iglesia el hombre puede reunirse con Dios en Cristo, sobre Cristo y con Cristo. Pero ¿cómo se hace esto? Solamente se puede hacer por medio del altar de las ofrendas, la mesa de los panes de la Presencia para el suministro de vida y el candelero para dar luz. Todas estas cosas conducen a quemar el incienso por medio del cual el hombre puede reunirse con Dios en Cristo.

HACER ARDER LA LAMPARA Y QUEMAR EL INCIENSO

Ahora tenemos que ver que la lámpara también se relaciona con quemar el incienso. No solamente el altar, sino que también el hacer arder la lámpara está relacionado con quemar el incienso. Vimos en [Éxodo 30:7-8] que siempre que los sacerdotes quemaban el incienso, encendían la lámpara, y cuando encendían la lámpara, quemaban el incienso. Esto significa que siempre que leamos la Palabra (hacer arder la lámpara), debemos orar (quemar el incienso). Quemar el incienso es orar, y hacer arder la lámpara es adentrarse en la Palabra. La Palabra de Dios es luz; así que cuando vamos a ella, hacemos arder la lámpara. Leer y orar tienen que ser una sola cosa. Tienen que estar mezcladas como una sola. Cuando los sacerdotes hacen arder la lámpara, también queman el incienso.

Sin hacer arder la lámpara, los sacerdotes quemarían el incienso en oscuridad. Esto significa que sin leer la Palabra, oramos en la oscuridad de manera insensata. Debido a que no tenemos la luz, estamos en oscuridad. Sin la luz de la lámpara, no hay iluminación. Esto nos muestra que siempre que vamos a orar, primero tenemos que adentrarnos en la Palabra de Dios. Cuando leemos la Biblia, hacemos arder la lámpara y estamos en la luz. Entonces sabemos cómo orar. De otra manera, todo lo que oramos estará en oscuridad.

Muchas veces oramos de manera natural según nuestro concepto, porque no hemos sido iluminados por la Palabra. Esta clase de oración no será aceptada como ofrenda para Dios. Cuando nos acercamos al Señor, tenemos que hacerlo con temor y temblor. Sabemos que nuestros pecados han sido lavados, pero si primero no nos adentramos en la Palabra para recibir la luz, podríamos orar de una manera natural según nuestra manera de ser. Esta clase de oración es una ofensa para el Señor; no será de olor grato para Él. Así que, antes de orar, tenemos que leer la Palabra para ser alumbrados. Tenemos que hacer arder la lámpara. (*El sacerdocio*, págs. 156-157, 158-159)

LA LUZ PROVIENE DE LA VIDA

La mesa del pan de la Presencia es para el candelero porque la mesa es para la vida y el

candelero es para la luz. Juan 1:4 dice: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. La vida es la luz. En la mesa del pan de la Presencia hay suministro de vida, y de esta vida se produce la luz. La luz viene de la vida. Cuanto más suministro de vida disfrutemos, más estamos en la luz. La vida produce luz. Si no participamos y disfrutamos a Cristo como nuestro suministro de vida, estaremos en oscuridad. Cuando somos llenos del suministro de vida de Cristo, tendremos la luz. El disfrute del suministro de vida nos dará la luz.

Algunas personas reciben luz cuando leen la Biblia, pero el hecho de recibir luz depende, en cierto grado, del disfrute de vida. Cuanto más vida tenemos, más luz recibiremos de la Biblia. Cuanto más crecemos y maduramos en vida, más luz recibiremos. La luz depende del crecimiento de vida. Cuanto más disfrutemos a Cristo como nuestro suministro de vida, más luz tendremos.

Quemar el incienso requiere la luz, y tener luz requiere el suministro de vida. A fin de poder quemar el incienso de una forma apropiada, necesitamos la luz, pero para obtener luz, necesitamos la vida. Tenemos que aprender a alimentarnos de Cristo como pan de la Presencia, el suministro de vida. Esto no es simplemente recibirlo una sola vez para siempre, sino que tenemos que nutrirnos de Él continuamente, día tras día. Nunca nos podemos graduar de alimentarnos de Cristo. Tenemos que comer continuamente para recibir el suministro de vida. El suministro de vida que recibimos llegará a ser la luz. La vida es la luz, y esta luz es necesaria para quemar el incienso a Dios. Quemar el incienso depende de la luz, y la luz depende del suministro de vida.

LA ORACIÓN ACEPTABLE

En la mañana cuando nos levantamos, lo primero que tenemos que hacer es orar. Pero si vamos a tener una oración apropiada que sea aceptable a Dios, el dulce incienso con algo de Cristo en él, no podemos empezar a orar inmediatamente. El camino no es muy recto. Primeramente, tenemos que aplicar la sangre. En otras palabras, tenemos que venir al altar de las ofrendas a confesar todas nuestras faltas, pecados y suciedad. Después de confesar todas estas cosas, tenemos que aplicar la sangre para ser limpiados.

Cuando confesamos y aplicamos la sangre, disfrutamos a Cristo como nuestro nutrimento. El Cristo redentor se convertirá en el pan de la Presencia que nos suministra, nos nutre y nos alimenta. Cuando disfrutamos a Cristo de esta manera al alimentarnos de Él, somos satisfechos. Espontáneamente, de esta satisfacción interna, algo resplandecerá e iluminará. Esto es la iluminación de la lámpara. Entonces sabremos qué decir y expresar a Dios. De esta manera, todo lo que digamos a Dios será un dulce incienso. Esto procederá del Espíritu con Cristo como elemento fragante y dulce. Nuestra oración será como el incienso para Dios.

No tengo la intención de darles enseñanzas acerca de la tipología. Mi carga es mostrarles la forma correcta de tener contacto con Dios. Esto no es una enseñanza, sino una instrucción para mostrarles la forma apropiada de tener contacto con Dios y de disfrutar y experimentar todas las riquezas de Cristo en la presencia de Dios.

Ya vimos el camino. Tenemos que empezar en el altar de las ofrendas por medio de la confesión. Cada vez que un sacerdote entra en el Lugar Santo, no puede evitar pasar por el altar de las ofrendas. No podemos decir que como ayer pasamos, hoy no necesitamos hacerlo. No, ayer pasamos y hoy necesitamos volver a pasar. Cuando vayamos a entrar en el Lugar Santo, no necesitamos solamente pasar por el altar de las ofrendas, sino también permanecer allí. Tenemos que permanecer allí para aplicar la sangre a fin de que Aquel que nos redime llegue a ser nuestro disfrute. Si confesamos todos nuestros pecados, fracasos, errores, maldades,

faltas y debilidades, y aplicamos la sangre redentora de Cristo para limpiarnos, inmediatamente tenemos el sentir interior de que el Cristo redentor ha llegado a ser nuestro disfrute y alimento internos.

Mientras nos alimentamos de Él de esta forma, Él llega a ser nuestro pan de la Presencia. Aquí hay una mesa, y una mesa representa un festín. Tenemos que quedarnos ahí para disfrutar a Cristo por algún tiempo. No tenemos que empezar a orar muy rápidamente, sino que primero tenemos que alimentarnos de Él. Entonces este nutrimento, el cual es el Cristo que hemos ingerido, tiene que ser asimilado por nosotros. Hacer esto toma cierto tiempo.

Después de disfrutar el festín en la mesa, Cristo como nuestro nutrimento nos lleva al candelero. El nutrimento de Cristo como vida produce la luz que necesitamos. Algo en nosotros nos ilumina y nos introduce en la presencia de Dios. Entonces, todo lo que expresamos o decimos es algo de Cristo. Esto es el olor fragante de los diferentes aspectos del dulce Cristo. Cuando lo asimilamos en nuestro ser, tenemos algo precioso y dulce de Cristo que decir a Dios. Entonces nuestra oración estará en el altar del incienso ascendiendo a los cielos para ser aceptada por Dios. En esto consiste una oración aceptable.

ARREGLAR LA LÁMPARA

El candelero nos da la luz al quemar el aceite, pero hay un gran problema con el hecho de quemar el aceite. El candelero necesita una mecha para quemar el aceite a fin de producir la luz. Me temo que algunos jóvenes no sepan lo que es una mecha. Una mecha es una tira de algodón torcido, por el cual sube el aceite a la lámpara o la cera derretida de una vela para ser quemada.

El candelero es una pieza de oro puro. La mesa del pan de la Presencia es hecha de oro y madera, igual que el altar del incienso. Incluso el Arca es hecha de oro y de madera. Antes pensaba que el candelero era solamente de oro y nada más. Pero recientemente el Señor me mostró que aun el candelero no era exclusivamente de oro. Si fuese sólo de oro, no podría quemarse ni darnos luz. El candelero tiene que tener algo de la vida vegetal, algo suave, delgado y fino para que sea la mecha. Sin la mecha, ¿cómo podría el candelero de oro dar luz? El oro necesita algo de la plantas, de la vida vegetal, para dar luz. El oro, la mecha más el aceite producen la luz.

Cuando era joven, usábamos lámparas de aceite o velas. Siempre teníamos problemas con las mechas. Cuando la mecha se quema demasiado, se convierte en carbón. Esta punta carbonizada y quemada en exceso de la mecha se le llama pábilo quemado. Este pábilo tiene que ser cortado del resto de la mecha. Por tanto, en Éxodo 25 están los braseros con las tenazas. Los sacerdotes cortaban el pábilo con las tenazas y los pábilos cortados eran puestos en los braseros.

Algunas veces tenemos un disfrute de Cristo como nuestro suministro de vida, y este disfrute realmente nos lleva a la luz. Pero aun así no produce luz. Esto es porque la mecha esta muy quemada. Está quemada en exceso, muy vieja y carbonizada. Arreglar la lámpara significa cortar el pábilo, o cortar la punta quemada de la mecha.

El candelero es hecho completamente de oro. El oro significa la naturaleza divina, y la mecha significa la naturaleza humana refinada. No es solamente la naturaleza humana, sino también la naturaleza humana refinada. Cuando esta naturaleza humana refinada coopera con la naturaleza divina y el aceite, entonces hay luz. Pero a veces la naturaleza humana se envejece demasiado y se quema en exceso. Ésta no funciona muy bien. Necesita ser despabilada y cortada.

Para tener contacto con el Señor, primeramente tenemos que permanecer en el altar de las ofrendas para confesar nuestros fracasos y aplicar la sangre. Esto es bueno porque hará que disfrutemos a Cristo y nos conducirá a la mesa para alimentarnos de Cristo y recibir el nutrimento. Entonces el suministro de vida nos conducirá a la luz. Pero muchas veces cuando estamos bajo la iluminación, nos damos cuenta de que algo está muy viejo. Ello no necesita ser limpiado o lavado, sino que necesita ser cortado y despabilado. Tal vez ayer era una buena mecha, pero esta mañana ya esta muy quemada.

Hace tres años, algunos hermanos y hermanas eran mechas frescas. Pero hoy en día se han convertido en mechas quemadas, iguales al carbón. Hace cinco semanas algunas de las hermanas estaban muy frescas, eran como mechas nuevas y frescas pero hoy están calcinadas. Ya no son mechas apropiadas. Ellas necesitan ser cortadas y despabiladas. Ellas no necesitan la sangre; lo que necesitan es deshacerse de los pábilos. Entonces serán mechas frescas para dar luz fresca. Aun quizás ayer yo estaba muy fresco, como mecha apropiada, para quemar el aceite y dar luz, pero esta mañana estoy quemado en exceso; me he convertido en una mecha calcinada, muy vieja para dar una luz adecuada.

PREPARAR LA LÁMPARA

Cortar el pábilo significa *arreglar* la lámpara, y suministrarle el aceite a la lámpara significa *prepararla*. En la mañana, después que la lámpara ha estado ardiendo toda la noche, los sacerdotes tenían que arreglarla. Esto quiere decir que ellos tenían que cortar el pábilo para deshacerse de la parte quemada de la mecha. Después, en la tarde, tenían que preparar la lámpara al llenarla con suficiente aceite. Si tenía poco aceite, se apagaba.

A veces la mecha es fresca pero el aceite es poco. Así que no solamente necesitamos arreglar, sino también preparar la lámpara. No solamente necesitamos el despabilar, sino también el suministro de aceite. Puesto que el aceite representa el Espíritu, esto significa que necesitamos más y más del Espíritu para poder arder.

Si traemos todas estas cosas al Señor, creo que el Espíritu que nos instruye nos mostrará todos nuestros problemas. No podemos hacer un trabajo a la ligera; no hay atajos. Sin ninguna duda, el Señor está disponible, pero nosotros no podemos ser muy rápidos. Tenemos que permanecer en el altar de las ofrendas, luego hacer un giro hacia la mesa del pan de la Presencia para disfrutar al Señor como nuestro alimento por cierto tiempo. Después tenemos que hacer otro giro hacia la lámpara. A veces tenemos que arreglar la lámpara a fin de deshacerse de toda la parte quemada de la mecha, y otras veces tenemos que suministrarle aceite. Entonces ésta dará luz apropiada y adecuada. Entonces sabremos qué decirle al Señor, y qué es aceptable a Dios.

Tenemos que confesar nuestras faltas, pecados y fracasos y aplicar la sangre. La parte vieja y quemada de la mecha debe ser cortada. Tenemos que ser una mecha limpia y cuidar que no haya carencia de aceite. Entonces tendremos la lámpara con la mecha apropiada y el aceite adecuado. Esto dará la luz bajo la cual nosotros sabremos cómo orar. De esta manera entraremos en la presencia de Dios. (*El sacerdocio*, págs. 166-169, 171-173)